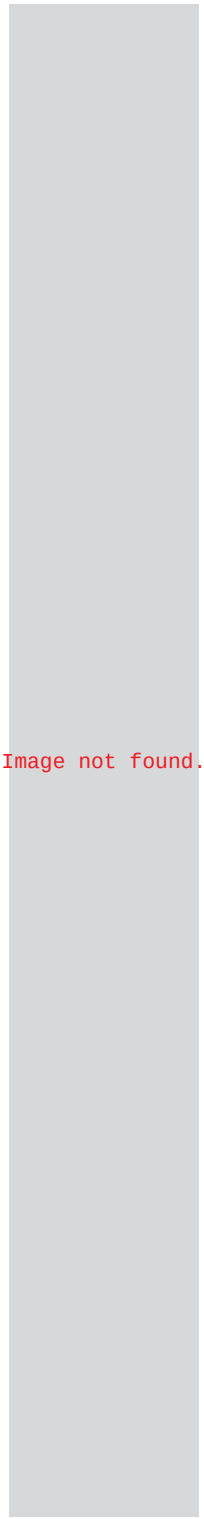
Cuentos agrios y amarillos

Mauricio Moreno Rico



Capítulo 1

Cuentos

agrios

y

amarillos.

Las aves que fluyen.

Seré sincero ante usted, así será para yo permanecer intacto ante las sombras. La luz que anida al otro lado del espejo permanece oculta o distante. Una bandada de agitados alcatraces merodea en círculos sobre la aureola verde, observan el reflejo incesante de la mirada de alguien; esos ojos que mantienen inquieta mi conciencia. Cuando cierro mis ojos y callo mis labios, escucho el tosco canto de aquellas que hambrientas, se sumergen en la superficie en busca del alimento; mantenerse fuertes ante el dominio de su pueril presencia encadenada a la mía. Ese espejismo de inmensidad: el éter azul del horizonte, que no es más que una prisión tóxica y nociva, una jaula camuflada, en donde mis pasiones y opciones se encuentran arraigadas.

El océano es el lugar del cual deseo salir, lejos de usted, de sus recuerdos: su apariencia estética, sus alegrías y tristezas, sus promesas vacías y rotas. Los pájaros vuelan incesantes con el deseo de ir a altamar para desvanecerse, distantes con ansias de huir de mi plexo solar y mi tensa cabeza. Hace unos meses usted cerró la puerta y se marchó, me dejó su apariencia estética y sus actos: aquel teatrillo muy bien armado, repleto de caprichos, obsesiones y falacias. Es la hora señora, de que se aleje y se largue de aquí de una vez por todas; muérase, desvanézcase, piérdase, esfúmese, y cuando la vea ajena a mí, me invada la dulce miel de la fría indiferencia.

El espejismo de Laura no desea ausentarse de mí, la amo y a la vez la odio. Avéces sueño besándola y rociándola de pétalos azules, mientras merodeo en sus labios y sus marrones ojos y mis manos exploran suavemente su rostro; otras veces contemplo mis manos tensas sobre su cuello, rodeándola con una bufanda azul de seda, hasta que Laura se desvanece y cae inmersa a lo profundo de lo inerte, pero minutos después emerge su imagen intacta, como si nunca la hubiese asfixiado y me atormenta con esa nívea sonrisa que presume dulzura y sus ojos… ¡ah!

Sus ojos, esos bellos tormentos que me enamoran y me torturan.

La ira me invade; los alcatraces se tiñen de negro y se trasforman en cuervos; la rígida ansiedad hambrienta enardece; los sufragios de una noche de rojo celeste vomitan sanguinolentas precipitaciones, los relámpagos suenan a gritos de fémina, los peces afloran boyando en la superficie sin movimientos; mis manos presagian el avance y retroceso de una filosa hoja de aluminio que recorre y se inyecta en una geografía suave y destruida. Los mares se secan y los buitres descienden sobre la erosionada muerte del terreno para alimentarse de la putrefacción, mientras destruyo al fantasma de la incertidumbre, para reinar en la infamia, la devastación, el yugo y el caos. Una voz sarcástica y dulce, susurra a mis oídos: -¡Nunca podrás deshacerte de mí!

Desconocido.

Cuando el camino se hace largo, el deseo del culmen se intensifica y el destino allegar es como un caracol tratando de cruzar el Sahara a pleno medio día, cuando el agua es ausente y la noche aún demora en asomar su mirada. Los pasos marcados sobre la tierra solo se borran si retrocede y los disipa con los mismos pies, pero el acto de retroceder para degradar las huellas ya dejadas, marcan pisadas nuevas que dan la antesala a un círculo vicioso que no tiene fin, a no ser que vuele o levite y se traslade como un ave ágil sobre el viento (es como pedirle a un gato que ladre y a una roca que hable, o al mar que de agua dulce).

El alma bosteza cuando el soplo en movimiento se pierde en la intemperie y nadie parece poder escuchar el susurro de la exhalación o simplemente no les importa. Rebobina las imágenes plasmadas en su cerebro para pausar el momento en que inició la historia del círculo infinito, en el que los cómplices de los sucesos movieron sus brazos y dieron el trazo inicial para el preludio de un multiforme dibujo a crayón decolorado y otras veces colorido.

Él se dirige a oscuras a una caverna donde lo esperan el análisis y la maquinación de cómo ejecutar correctamente sus actos sin llamar la atención de los demás. Al entrar nota cómo el silencio le exige ser más sigiloso y le ofrece entrenarlo para que su marcha adelante no sea frustrada por sus rivales.

Nota que una tempestad de rocas diminutas como un frijol caen del techo y se arremolinan a su alrededor; él se disipa cual polvo azul más fino que las arenas de los mares y retorna a un punto en donde no repican las piedrecillas de la indecisión para profanar su objetivo. Observa sus manos

y se dibujan con las líneas de las mismas ya trazadas sobre ellas una mujer que gatea velozmente como un cuadrúpedo ágil e imparable que desea cazar para cenar, un hombre con alas de ave que vuela al revés cual sueño abstracto e incoherente; ve en sus manos también el paso del tiempo transcurrido aún no transcurrido que es el futuro de un probable pasado. Percibe el olor a nicotina emanado de la boca de un anciano que aún no puede ver, pero que sabe que existe y que es el guardián de la cueva, mas no es el silencio que le enseña a ser astuto y a dudar hasta de sus propias conjeturas y sus posibles cálculos erróneos.

La historia de alguien y de nadie.

A veces se piensa que las cosas siguen su curso normal y tarde o temprano llegan a su fin, otras veces se piensa que son eternas y quizás ni el máximo recurso serviría para detener su fluir. Otras veces no se les da importancia y simplemente pase lo que pase, si son o no finitas, se dejan correr sin darles demasiada trascendencia. Es preferible que las cosas marchen bien así tengan o no un final, aunque no se le puede exigir a cada asunto que marche sin problemas, ojalá no muy grandes, pero en fin, uno siempre espera una existencia no tan monótona ni rutinaria que parta en dos la vida y la marchite como a un tronco de bambú seco e inflexible que se rompe al más mínimo doblar. Quizás lo más terrible para él es encontrarse así mismo todos los días en una isla tan limitante, tan finita, tan predecible y ordinaria. Él es un hombre llano y sin ilusiones, parece detestar su vida sin querer cuestionarse, solo vive su vida sin vivirla, aunque es raro afirmar algo que suena como una contrariedad.

De lunes a sábado se levanta a las cinco de la mañana, desayuna, se desnuda, se baña, se cepilla sus dientes, sale del baño directo a su dormitorio, se viste con su camisa de rayas y manga corta, usa su pantalón marrón, sus zapatos negros, luego los embetuna, se unta loción barata de diez mil pesos, abre la puerta de la entrada de su casa y sale a las seis en punto como siempre, después de eso camina por un pequeño callejón sin salida de unos dos metros de ancho, llega a la esquina de una calle de triple de ancho a la anterior y gira a la izquierda, se detiene unos seis metros de distancia y llega puntualmente a la parada de bus, lo espera unos diez minutos hasta que éste aparece.

Al llegar a su destino más cercano, se baja, camina unos cinco minutos y luego entra a un pequeño local en donde despacha unos pequeños cubículos telefónicos en los que se hacen llamadas internacionales. A las doce y media de la tarde cierra, y en diagonal a él, a unos veintidós metros y medio se encuentra un pequeño y barato restaurante de comida corriente, al cual se dirige y entra, pide carne asada como todos los días,

arroz blanco y una papa cocida con ensalada de tomate, pepino y cebolla y de tomar, una limonada. Sale de aquel lugar a la una y quince minutos y entra a su sitio de despacho, para abrir quince minutos después y en su mayoría de tiempo que la clientela es escasa, ojea una revista de farándula y televisión, lee la misma revista todos los días desde hace cuatro años. A las diez de la noche cierra su pequeño local, baja el portón enrollable, cierra y tranca con dos candados de seguridad, verifica si quedó bien cerrado y por último toma un taxi para irse a su pequeña casa a descansar para otro rutinario, largo y aburrido día de trabajo. Todos sus días son iguales una, otra y otra vez de lunes a sábados. Los domingos duerme hasta las diez y media de la mañana, despierta y enciende el televisor de su habitación, se levanta, hace un café, come unas tostadas y sigue mirando su programa de televisión dominical. A la hora del mediodía, ordena por teléfono alguna comida que es traída por domicilio en una hora, almuerza y continúa acostado y despierto en su cama observando la televisión hasta que anochece y sale de su casa para ir a la misa de la parroquia de su barrio, sin ningún entusiasmo, motivación o curiosidad de conocer de Dios, mucho menos escuchar la prédica de un sacerdote de ochenta y nueve años, de cara escurrida y ojos de perro aburrido, el cual hace adormecer a medio pueblo feligrés. Todos los días es lo mismo para éste patético hombre que está desesperadamente ansioso por morir, aunque no haga nada para conseguirlo, simplemente como si le fuera indiferente existir.

Una mañana del día lunes se levanta a las cinco como es de costumbre, desayuna, luego se desnuda para ir al baño a ducharse, cierra la cortina impermeable para que no chispee el agua por todo el lugar, mientras abre la llave de la regadera para mojarse, busca su jabón verdoso aguamarina de olor a menta para refregarlo en todo su cuerpo, se enjabona todo y por último su rostro y cerca de sus ojos, dejando sus párpados totalmente cerrados para no irritarlos, aunque no lo logra; tanta es su ira que oprime demasiado el jabón en sus manos y resbala de ellas para caer cerca de sus pies, le da una pisada y resbala, aunque logra sujetarse de aquella cortina para no caer al suelo, golpea su cabeza con la pared tan severamente, que de todas formas cae al suelo embaldosado y con él, un diminuto hilo de sangre que sale de su oído izquierdo, quedando totalmente inconsciente. Después de unas horas, abre sus ojos con cierta dificultad, debido a la irritación que le causó el jabón y observa semi-consciente las cuatro paredes y el techo del baño que se nota bastante mohoso por la humedad. No puede levantarse, solo se arrastra muy difícilmente, sin lograr avanzar si quiera un metro en más de diez minutos y decide darse por vencido. Nuevamente sus ojos se cierran y cae en un profundo REM, tan profundo como el umbral del cosmos.

Perdido en la estratosfera de su mente, flota entre una humareda espesa y roja, que se torna un poco grisácea sin perder su color original; todo está lleno de humo y un olor a alquitrán rodea todo el entorno. Poco a poco se disipa el humo hasta volverse ligero, pero sin extinguirse

totalmente. Él desciende lenta y suavemente como un globo cuando pierde el gas volátil que lo mantiene etéreo, desciende sobre una superficie rocosa y árida; la verdad no se divisa más nada que rocas de todos los tamaños, sin exceder el de una pelota de football y las más pequeñas del tamaño de una arveja y, aunque escasas y de no gran tamaño, se divisan dunas de piedra de unos dos a seis metros de altura. El cielo es rojizo oscuro con un color cenizo casi negro y un sol incandescente, enorme y rojo se entre corta en el horizonte como un semi-círculo solar, claro que mucho más inmenso, era diez veces más grande a los ojos de él. Se encuentra desnudo y descalzo y sigue caminando por horas sin sentir agotamiento, ni fatiga, ni sus pies maltrechos por las rocas.

A unos metros logra divisar una torre que se encuentra lejos de él, que en perspectiva pareciese que fuera del tamaño de su dedo meñique; continúa caminando con cierta paciencia y tranquilidad, aunque con un rostro preocupado, entrecejo fruncido y actitud de no saber su propia identidad. No es su cuerpo el que se agota, porque es solo una imagen viva de lo que no está, es un espejismo de su carne, pero es solo su esencia lo que prosigue, pues él logra entender que él no es materia. Se agota su esencia, su "yo", su objetivo primordial de llegar a la torre para saber qué es lo que es. Aún desmotivado y con un rasgo de impaciencia sigue su curso y camina a lo largo por horas y horas sin comprender por qué no se hace más grande y cercana; sigue con la misma dimensión y el terreno es llano y rocoso y el mismo horizonte y paisaje seco y sin vida, sin variantes, aburrido, desdeñoso, viciado y nocivo. Se detiene, gira trescientos sesenta grados para verlo todo, observa hacia arriba y emana un grito de desesperación más aún aterrador que el de un torturado, pero con un toque severo de ira, confusión, aparente locura y total abnegación, a la vez aceptación de un rotundo: "¡No puedes hacer nada!".

El tiempo es eternidad en él; su existencia le dijo adiós desde su infancia y vive inmerso en un mundo de sueños rotos y extintos que se hicieron polvo y cenizas al arder en el fuego de la frustración, para no reconstruirse. Se resigna del todo y nota que la aceptación de su propia inercia lo hace acercarse muy lentamente a aquella torre, pero nunca surge esperanza alguna; cada vez más cerca de allí logra sentirse más miserable, más inmundo, más basura, más despojo, más olvido y el odio por sí mismo aumenta al empezar a sentir aún más intenso ese sentimiento de autocompasión que es absurdo, pues nadie podrá mitigar su miseria. Sus lágrimas queman su rostro, su piedad lo vuelve corpóreo pero tritura sus vísceras y sus pies comienzan a lacerarse por las piedras punzantes de su camino.

El trémulo canto del grillo.

Está anocheciendo, la casa está deshabitada y una ventana ha quedado abierta por descuido del habitante ausente. Luce radiante, tonos coloridos y pisos relucientes como espejos de oro; cuadros de Ortegón, Guernica, Van Gogh, Pollock y Picasso rodean el interior de la casa, desde la sala de visitas, hasta los pasillos, el comedor y las escaleras; parece que la persona dueña de aquella morada es amante del arte y se toma tan apecho algunas comodidades que son tan absurdas, aunque hermosas. Parece poseer la más radiante lucidez, pero carece de calidez humana, como si fuese un pedazo de hielo esculpido a la perfección con corazones ajenos que no son del propio; parece una casa de espantos de alta alcurnia.

El intruso no se hace esperar para adentrarse y dormir cálido, libre de la intemperie y de los predadores que le asechan. Sin sigilo se adentra en un recodo, para exhalar su ópera silvestre y repara con orgullo la casa, como si fuera suya, pero el color lo embrolla y las estrambóticas figuras de los célebres lo sucumben en un inmenso pánico y no desea ser devorado, se siente atrapado en el tétrico sueño de un psicópata.

Desorientado, aumenta sus frenéticos gritos hasta volverse presa de un silencio roto y decide salir de ahí, con la sorpresa de que es rodeado por un incidente e inmenso pie que lo cubre, haciéndose más ancha su sombra, y no huye, pues su cuerpo ha sido aplastado, pareciendo un viejo tapete que se escurre deplorablemente. Aquel hombre, acercando su rostro al suelo, se dirige al pequeño difunto:

-Esa es la ley de la existencia. Tú sucumbiste ante mis pies y no ha habido el primero que sin mi permiso se adentre en mi vida sin ser castigado. –Agrega con sarcástica sonrisa: - Duerme bien, feliz noche muchacho, las estrellas están titilando por ti.

Duelo de fanfarrones.

…Conocieron a la señorita gorda de diez y nueve años cuyo nombre es Rogelia y comienza la conversación tan encarada y algo tensa:

-Qué bueno es conocerla Rogelia, de vez en cuando hace falta una mirada hacia al frente y lanzarse hacia el ruedo sin dar la espalda o que se la den a uno. –Replica con ironía Valerio.

-Arnulfo es mi nombre y gusto en conocerla igualmente, pero no se confunda, que no soy igual a este mequetrefe, aunque compartamos muchas ideas y calumnias. Dígale a su papá que esté listo con pistola en mano, porque le vamos a llegar a la casa y no es digno para nosotros

matar a un desarmado. Él sabe que esto no es por dinero, sino por dignidad. Cumplo con avisarle y dígale que tiene dos horas para alistarse.

-No conocen a mi padre, no es como los otros. Les advierto… déjenlo en paz, pues ya lleva diez en su lista y no le molestaría tener a dos más. –Con petulancia y aire de grandeza explica a aquellos. –Él estuvo treinta y cinco años en las fuerzas armadas, fue capitán del ejército y francotirador calificado, obtuvo seis condecoraciones de las cuáles dos fueron por combate en infantería y asalto, tres por inteligencia y logística y una como piloto de mando. Experto en defensa personal, supervivencia en la jungla y en el manejo de armas blancas. Así que les sugiero que no se metan en el peor lío de sus vidas, porque quizás será el último. –Sonríe la robusta señorita.

-Mucho mejor, entonces vaya y avísele a su papá de inmediato, pues como sabe tanto, tiene media hora para ue le avise, porque estaremos allí tan pronto trascurra el tiempo y usted gordita, más vale que no esté allí para presenciarlo, porque puede salir lastimada sin querer o quizás peor: premeditadamente. –Replica Arnulfo.

-Ni crea que les voy a dar el gusto, pues allí me verán armada hasta en los dientes y dispuesta a acompañar a mi padre y a poner la geta bien en alto pa que les duela.

-Jejeje… les vamos a sacar la grasa y la mierda a bala a usted y a su papito.

-¡Ya es suficiente Valerio!, dejemos que los hechos hablen y no las palabras y usted Rogelia, lárguese ya que le quedan veinte minutos para que le avise a su papá.

Se va caminando tranquila como si fuera tarea fácil vencer a aquellos hombres, pero tan pronto gira a la esquina y los pierde de vista, se ve angustiada, preocupada y con cara de ternero degollado y corre lo más que puede para llegar a casa de su progenitor para avisarle que huya lo más pronto posible, pues es obvio que corre peligro en manos de esos matones. Llega a la casa, mira el reloj de la pared y nota que faltan tan solo cinco minutos para que lleguen. Le cuenta todo a su padre y le sugiere que huyan por la puerta de atrás, pero el viejo, aunque agotado, enclenque y asustado, no quiere huir y saca un viejo revolver opaco por el tiempo, y lo carga con dos balas, pues era todo lo que tenía en su gabinete. Se queda adentro, mientras su hija huye de allí por la puerta de atrás, como el rayo, sin despedirse de él.

-piensa en voz alta: -Vaya la cría tan cobarde que Dios me dio, al menos se hubiera despedido y luego se hubiera largado, tan siquiera.

Llega la hora y los dos hombres llegan cerca a la entrada de la casa: Valerio, tan testarudo, cabeza hueca y hablador, robusto, algo corpulento y altote, de piel mestiza y cabellos churcos como arremolinados; Arnulfo es flacuchento, de ojos saltones y piel blanca, cabello melenudo y liso como un indio y de un metro con setenta de estatura. De carácter fuerte y aparente serenidad.

El viejo busca sus anteojos por todas partes, es muy cegato el pobre, pero los halla en su cama y al sentarse en ella, sin querer los rompe y decide aceptarlo y dar el paso adelante, enfrente de la puerta de su casa, vestido con su descocido traje militar, pero en sandalias, ya que las botas las vendió para cubrir la vieja deuda que aún no pudo. Tanta es su impaciencia que se asoma por su ventana para gritarles que se atrevan a entrar, que los está esperando y rotundamente, recibe un disparo que le vuela su oreja izquierda. Del susto y la impresión, accidentalmente suelta su viejo revolver por la ventana y al caer al suelo, se dispara, dándole un balazo en el dedo índice a Valerio, justo en la diestra, que es en la cual ligeramente reposa sobre el gatillo de su mágnum plateada, volándole su dedo. Él sale corriendo de allí adolorido y algo convencido de lo que le había dicho Rogelia, sin siquiera saber que le había atinado a la oreja de don Roncancio, ya que sus distancias eran casi de veinte metros. Sonríe discretamente y con frialdad aquel joven y desgarbado mechudo; patea la puerta, peor el muy tonto se lastima el tobillo, ya que la puerta es muy sólida, entonces le da un disparo a la cerradura de la puerta con su pistola y entra a la casa cojeando, pero sereno; observa a sus pies y nota el rastro de sangre en el piso a cuadros blancos y negros al estilo tablero de ajedrez. El rastro de sangre va desde los pisos hasta en las paredes ensangrentadas con marcas de su mano. Sube y recorre el largo pasillo de la vieja casa, entra a los tres cuartos, revisa la azotea y no divisa a mas nadie que al gato de la casa comiéndose a un polluelo de la vecina de al lado, pero sereno sonríe y sigue buscando.

-¡Los baños!, sí soy imbécil, ahí es donde debe estar el viejo ese. Ahora si le llegó la hora de dormir. –Se escucha un grito de advertencia; -Roncancio, salga ya y terminamos esta joda de una vez.

Continúa su odisea y prosigue hacia los baños; entra al primero, pero no hay nadie, luego al segundo, pero lo único que ve es un fétido mojón flotante del tamaño de un dinosaurio que reposa en el retrete. Baja las escaleras rápidamente, pero su maldita cojera lo hace pisar en falso y cae rodando las escaleras, hasta llegar al piso de abajo. Se levanta adolorido y con los hombros lesionados, tanto que no puede levantar sus brazos ni siquiera un poco, porque duelen como la hija del putas.

Camina lentamente y se dirige hacia el último baño, levanta su antebrazo despacio, pero sigue sonriente, como si fuera divertido. Llega a su destino, la puerta del baño, que es donde quizás se encuentra el viejo desarmado. Arnulfo, sin tomarse la molestia de abrirla, dispara

indiscriminadamente hasta agotar sus municiones, luego saca una navaja y por precaución abre la puerta y observa detenidamente, sin cruzarla. La verdad no estaba ahí.

-Don Roncancio, salga ya y terminemos esta joda de una vez.

Lo buscó por todos los rincones de la casa, pero en ninguno lo encuentra; desiste de la búsqueda, pues ya está agotado, con los hombros jodidos, con una lesión en el tobillo, sin balas y con solo una navaja pequeña que no le serviría de mucho si lo encuentra, aunque dudo que lo haga, pues creo que a estas alturas, el viejo habrá cogido una flota rumbo pa otro pueblo lejano, como hace siempre cuando se mete en problemas, dejando casucha, un gato viejo, una oreja y deudas por pagar.

Un breve momento de Júbilo.

Un hombre iba caminando, dando sus pasos tranquilo por el andén. Una mujer en sentido contrario y a pasos acelerados caminaba sin importar con quién chocar, hasta chocar con él. Colapsaron los dos y entre miradas penetrantes ella lo observó como si hubiera tropezado por sorpresa con el amor de su vida, aunque hubiese planeado tropezar con quien fuese pero tropezar con alguien, en especial con un hombre. Él sí de sorpresa la miró penetrante, con esos ojos que miran hasta el alma, pero claro está, primero reparó todo su cuerpo bajo ese vestido como si tuviera visión d rayos x como aquellos superhéroes gringos. El hombre con una pervertida sonrisa se despidió sin pronunciar una palabra y prosiguió su diario vivir, pero ella insatisfecha quiso seguirlo, pues había notado que él no era como casi todos los hombres con los que había chocado, convivido o tenido alguna experiencia, pues aquellos eran unos hipócritas con piel de cordero que fingían caballerosidad y galantería, cuando en realidad la primera impresión de ella en sus mentes era en la cama satisfaciéndolos sexualmente, en cambio éste hombre se había mostrado tal y como era: Un morboso empedernido que no disimulaba su hambre de carne femenina, con esa mirada lanzada haca ella y más que, cuando él se despidió, fingió caminar tranquilo rozando discretamente sus glúteos con su mano, como si la joven no lo hubiese notado, aunque equivocado estaba. Sin ser vista, sonrió con esperanza.

Ella pensó en voz alta:

-Estoy segura que ese hombre es un morboso empedernido y cuando llegue a su casa, aún estará fantaseando conmigo y luego entrará a su habitación o a su baño para masturbarse recordando mi cuerpo, mi rostro y mis ojos. Sé que él es la inversa de los que he conocido, pues detrás de

un caballero hay un cerdo y detrás de este cerdo, encontraré al galán que tiene escondido, aunque esté muy en el fondo, no me importa su apariencia nada atractiva, ni su edad, solo espero que sea el mayor de los cerdos.

Continuó su trascurso aquel hombre sin notar que ella lo seguía muy sigilosamente a cinco o seis metros sin levantar la más mínima sospecha. El hombre entró a un domicilio que al parecer no era nada elegante, se veía más como un antro de ratas que el de una casa y a tientas que estaba en un barrio que para ella, podría ser peligroso, ya que su atractivo físico era exuberante y, aunque su vestimenta la señalaba como una mujer con moral, también era obvio que ostentaba finura y lujos. Vestía un traje de gala muy fino de color azul oscuro muy largo y algo ceñido al cuerpo, pero no tanto. Ella había descubierto a un profundo ser humano en esa mirada eterna y noble que probablemente ningún ser existente habría encontrado. Él era algo gordo, pesaba unos ochenta y cuatro kilos y de panza prominente y de llanta como cintura a los lados; caucásico y algo rubio con una gran calvicie que poseía en su coronilla; su cara no reflejaba una hermosura física, pues era muy narizón, de dientes torcidos y apiñados y de cachetes escurridos como los de un perro bulldog; su estatura era mediana como de un metro setenta y siete. No podía negarse que el hombre, a pesar de vivir en ese tugurio, vestía aceptable, aunque informal sus ropas y bien para el común de la gente.

La cerradura estaba ligeramente cerrada y sin seguro, momento perfecto para que ella entrase y lo aprovechó. Cautelosamente subió unas escaleras muy inclinadas, hechas como para un alpinista por su exagerada inclinación; a mitad del ascenso rompió sin querer uno de los tacones de sus zapatillas y se las quitó. Entró a una amplia habitación en la cual había una mesa de sala de tamaño pequeño y de aspecto reluciente, como recién comprada y sobre ella, un florero en el cual reposaba una flor artificial multicolor; también una silla de madera sin espaldar y un montón de libros revueltos sobre el suelo. Ella buscó un rincón para esconderse y escogió las ventanas, que detrás de las cuales había una gran cortina opaca, polvorienta y un poco rota que evitaba casi el paso total de la luz del día. El viejo salió del baño y se sentó en aquella butaca, escogió un lirbo del suelo y lo leyó por casi una hora. Ella estaba parada ahí observando muy aburrida a aquel que no hacía que leer y escribir de una forma tan empática y a la vez con cara de querer morirse allí leyendo. Lo seguía observando desde un agujero de la cortina, hasta que vio por fin que soltaba aquel libro, para levantar una obscena revista de mujeres desnudas que enseñaban sus rasurados genitales con orgullo, como si izaran el pabellón nacional en una guerra ganada. El viejo comenzó a tocarse obscenamente el pantalón en su entrepierna, pero de repente escuchó un fuerte estornudo y se pasmó del susto, como si hubiera visto un demonio o un fantasma; miró hacia la cortina y de pie se dirigió lentamente y curioso para ver quién lo espiaba, corrió la cortina y ahí estaba aquella joven de veintiún años, de hermoso rostro que lo miraba

sonrojada y con cara agachada como si hubiese sido atrapada delinquiendo. La mujer lo miró fijamente a los ojos como si lo conociera de toda la vida y voluntariamente, sin decir una sola palabra, se quitó su vestido bruscamente, luego su brasiere y por último la braga, rompiéndola bruscamente con afán de algo.

Él con sonrisa pícara preguntó el nombre de aquella dama, ella le respondió: "Amada". La hizo vestir y la invitó a dar un paseo y a tomar un café y ella sonrió con esperanza de haber encontrado. Pasearon por una larga avenida de cuatro carriles para ciclistas y peatones, rodeada por colosales palmeras, hasta llegar a una cafetería en madera bien decorada al estilo clásico. Él le dijo que se llamaba Robert y que era hijo de inmigrantes estadounidenses y que habían llegado a Colombia hace cuarenta y cinco años cuando él tan solo tenía doce. Ella lo miró a los ojos penetrantemente y le agarró sus manos con inmensa ternura, como si tomara las manos de su padre, luego lo besó y él cerró los ojos como un niño cuando pide un deseo y sopla las velas de su pastel de cumpleaños. Hablaron por horas sin la más mínima apatía en sus rostros ni en sus seres, luego, Amada terminó su último sorbo de café, se levantó de su silla y se despidió de Robert con un gesto de amor y una mirada vidriosa, queriendo decirle algo o quizás un adiós definitivo; salió de allí, caminó a ojos cerrados y suspirando, y cruzó otra avenida en donde sí transitaban vehículos automotores, Chocando uno con ella, arrojándola al asfalto caliente por el sol de la tarde que se mezclaba con su sangre.

Ella agonizaba, su rostro lucía algo desfigurado y entre convulsiones se entrelazaba un ademán de victoria por aquel tesoro que en vida había encontrado. Ya de antemano no le importaba saber nada sobre el paraíso en el más allá, porque en carne propia lo había hallado. Agonizante en el suelo sonreía y repentinamente un gran camión la embistió hasta causarle la muerte más escabrosa y tétrica, y a la vez la más feliz de toda su existencia; pero Robert fue el hombre más infeliz, porque su felicidad no duró más que un precoz orgasmo, y sufrió tanto que decidió escribir historias sombrías y no quiso volver a saber nunca lo que era el deseo hedónico y carnal por ningún ser existente. Cuarenta días después, mutiló sus genitales con una vieja navaja que halló en el lavamanos; luego, desnudo de la cintura hacia abajo, se dirigió a la nevera, descorchó una botella de vino y se sentó en aquella butaca a bebérsela, mientras la sangre fluía por su entrepierna hasta tocar el piso y manchar uno por uno todos esos libros inspirados por su desdén.

Lo profundo de lo incomprensible (Oniria).

Me siento tan extraño, este lugar exhala neblina y una fría sensación de sueño. Paseo por una barcaza vieja de madera que desplazo remando muy lentamente, parece un terreno inundado, algo que fue tierra firme alguna vez. Veo una casa vieja de madera que está inundada a la mitad, tiene enredaderas, manchas de fango oscuro y negro como si fuera petróleo crudo que la cubriese. El sol es demasiado tenue y es exagerado el montón de nubes, nubes grises que poseen el cielo; ya me siento degradado y hay algo aquí que es maligno, pero no sé qué es, o quizás lo es todo.

Insisto con lo del día: Parece un eterno letargo de invierno, como si estuviese a punto de llover violentamente en pleno ocaso, pero es así siempre; esto no parece real, o quizás lo es. El supuesto río es completamente estático, no hay movimiento, ni ligeras turbulencias, pero sí únicamente las que genera mi canoa en donde me desplazo a encontrarme con mi más oscuro "yo" que es el umbral de los más bajos deseos, del erógeno movimiento de entidades malditas que habitan este pantanoso olvido.

Éste es el lugar en donde lloran las doncellas que querían masturbarse desmesuradamente y fornicar en vida, de aquellas que sentían soledad, amargura y tristeza por no saciar su vacío: de aquellas que se cortaron las venas, ingirieron veneno o se ahorcaron con una soga atada a las vigas de sus casas, pero más aún de estas que se amarraron las sogas en sus gargantas mientras sentían la respiración del demonio en sus oídos.

Remo y remo buscando un espanto que me asuste, que me atormente, que me torture y a la vez que me provoque, que me excite, que me haga querellas con sus juegos sexuales; busco súcubos que me entretengan y me maltraten, pero todo esto lo hago inconscientemente, como si hubiese sido anestesiado y bajo hipnosis; siento la exacerbada adrenalina que me recorre todo, a pesar de una aparente calma y un aparente silencio que lo ensordece todo. Veo a mi padre a lo lejos y a un sacerdote católico anciano, vestido de hábito negro acercarse a mí entre la espesa niebla sobre otra canoa, se acercan demasiado lento, parece que quieren matarme el ensueño. Una mujer en el aire flota alrededor, se ve algo trasparente como una medusa o una aguamala, trae un velo ligero como faldilla en su cintura y unos calzones ligeros y blancos que no cubren bien su erotizada vagina; ella se ve esbelta, delgada, hermosa, de senos firmes y deliciosos, pero sus ojos exhalan tristeza y un odio amargo y quiere vengarse de mí y atormentarme. Se acerca a nosotros pero su fin soy yo; me enseña obscena su cuerpo con los actos más sucios y exquisitos hasta domarme, luego trasforma sus ojos, solo sus ojos en los de un malvado engendro e irradian penumbra y el propio infierno satánico me lacera asquerosamente y quiero encontrarme en otro lugar, hallarme en otra circunstancia, pero no puedo dejar de doblegarme y esto ya no sabe a placer, es como estar hundido en fétida mierda, pero no por el olor, sino

por repulsión.

Mi padre y aquel cura oran un salmo y el "Magnificat" y parece surtir algo de efecto, pero lento y ligero, y el escenario mas la mujer se disipan, pero parte de mí no quiere que se desvanezcan y lloro por eso, porque se van, porque vuelven a ocultarse a lo profundo del REM y ellos se disipan también, y los odio en lo profundo de mí, aunque voy abriendo los ojos y se alejan no sé hasta cuándo aquellos recuerdos.

Apocolombialipsis en real-ficción.

Imagínense un mundo en donde los perros son devorados por sus presas y aquellos sometidos se mantuvieran inmersos en una era perpetua, en donde la carne no tiene buen sabor y sus mordidas dolieran como si sus encías hubieran sido maltratadas por los inmensurables conjuros de sus actos. Lo que sé es que un sitio así, habita solo en la fantasía de la víctima que socaba los rincones de las probabilidades casi inciertas y que en los cielos pareciese no habitar un juez, sino una estela blanca y deshabitada. Todos aquellos días que sostuvieron una magnificencia tan infinita para la tiranía fueron expuestos para purgar las conciencias de los incapaces, e incluso lo peor: un gato se infiltró para devorar también a los ratones. Todo esto comenzó un mediodía de abril, cuando un señor regordete de cincuenta y ocho años, de tez trigueña y bigote de brocha que tapaba sus labios, se proclamaba el nuevo mandatario irrevocable hasta su muerte, de la nación más indigna hasta ahora de Latinoamérica: Colombia.

Él derrocó a su predecesor con relámpagos de fuego que centelleaban de sus súbditos, maracas luciferinas que carcomían existencias y las volvían polvo y escombros, elefantes de hierro narizones o trompudos cuyos escupitajos imponían la tragedia más pomposa y cadetes de hielo que congelaban las conciencias con sus puntiagudos mosquetes. Esa tarde, una niña de ocho años, de origen afro, recorria las calles con su muñeca de trapo y su inocencia ue entrelazaban las trenzas de sus cabellos a medio hacer. Parece que ese día sus padres se habían perdido en esa niebla oscura y negra que ahuyenta la calma; ella aferrada a su muñeca buscaba a los suyos con un vacío enorme en sus ojos, mientras un boina verde pasaba sobre ellos como si fueran un viejo y mugroso tapete en el cual limpiar la sociedad, aunque ella no lo sabía, y el pánico era inminente. Un anciano cachaco y mutilado en su izquierda se arrastraba en lo que al parecer era un monumento al pagano Hades, formado por cientos de los suyos como piedras inmersas sobre el suelo teñido de sangre. -¡Maldito día! –Gritaba una joven mujer, cuyas vestiduras habían sido rasgadas y semi-desnuda, cojeando, llorando y sangrando en sus genitales se dirigía no se a dónde. Horas más tarde, como unas dos, una multitud de personas acongojadas recogían sus cadáveres con lamentos y gritos y con pancartas a garganta profunda y pulmones de acero, laceraban con sus voces a un inmune palacio, que al parecer no sufría quebranto alguno y por los televisores encendidos de algunos centros

comerciales que no fueron destruidos, ni saqueados, se veía la imagen de aquel rechoncho petulante de corazón de concreto levantar su voz con el rostro hacia el cielo, mientras hablaba y decía que todo cambio positivo merece algunos dolorosos y lamentables sacrificios.

Pequeña historia.

Es hora de construir un individuo, el momento de crear un ser, de hacerlo vivir: que camine, que observe, que obre, ya sea bien o mal, pero que obre. Tomé esta decisión hace unos días cuando me di cuenta que era un hombre predecible, como la mayoría; primero creé la ilusión, luego la iniciativa y ahora voy a empezar a formar algo que nadie podrá igualar. No sé la hora, ni el día, pero no claudico; no quiero mermar esta obra, porque deseo que germine, no cerraré este proyecto que he anhelado en mi corazón. Soy un dios, pero no el de los judíos o cristianos; tampoco el libertino Zeus que corteja a putas con piel de puritanas; soy el de la creación unísona que va a emerger y quién sabe qué hará. He pensado en alguien que no necesite ojos, ni boca, ni nariz, ni oídos.

Es la hora, llegó el momento, estoy preparado. Observo a la humanidad unísona y potentemente con una obvia omnisciencia. Extiendo mi mano empuñada en un pedazo de madera con punta de grafito y elaboro una imagen recóndita y lejana de un asexual semidiós existencial, al cual le negaré de su costilla emerger una musa que lo fuese a quebrantar y su voluntad castrar.

De un níveo mural se desprende la imagen y semejanza de aquel, de mí. Un humanoide sin rostro, sin genitales y amorfa complexión que camina persiguiendo a los que buscan consuelo para hallarles salida; un ser sereno, muy apacible y nada violento avanza para calmar la ira de millones de huérfanos de la cordura. Extiende sus manos para ahuyentar los colores, extinguir todo extremo: intensa felicidad e intenso dolor. Neutro es mi amigo el que apacigua la desesperación de un “sí” y de un “no”.

Presos libres y no desmesurados libres presos. La noche sin estrellas ni luna, es ahora ajena a todos, menos a mí; el privilegio del colorido infinito y de los cambios me los reservo; él volverá a su limpia muralla; inmerso estará, no se hasta cuándo, quizás eternamente.

Dibujo a crayón un colorido árbol con una suculenta manzana roja a su lado. Borro sus manos y sus pies, así nunca llegará al fruto y viviré consciente que el libre albedrío es el causante del arco iris. Dibujaré sus ojos para que al verla sienta deseos de comerla, pero le negaré su boca,

así será mi deleite el verlo anhelar algo imposible: una deliciosa tragedia.

El hombrecillo del cuarto.

Una vez hubo, no se hace cuánto, un hombre de cabeza muy grande, como la de un gorila; tan flaco, como un individuo anoréxico o que padece de inanición irremediable, porque la humanidad es cruel y avara. Tan alto, como del talón hasta la cima del fémur de un humano promedio. Nunca supo lo que era la luz del sol, se encontraba enclaustrado en un cuarto aislado, del tamaño de los cubículos en donde están las letrinas; no tenía ventanas. Su madrastra cortó con una pinza gigante y filosa, el candado de su habitáculo aislado que yacía sobre rocas, sin vegetación. Él abrió la puerta, salió desnudo y recibió los rayos del sol, que eran tenues, pero quemaban su piel y magullaban su alma, ya que veía en el reflejo de los riachuelos su imagen.

Una lagartija, de color arcilloso como la tierra rojiza, se abalanzó lentamente, hasta quedar a un metro de su distancia; le dijo:

-Seré tu hado padrino. Solo debes tomarme con tus manos, pedir un deseo y luego devorarme con tus dientes como si tuvieras hambre de emerger de una cloaca y caer sobre las aguas cristalinas de os sueños tangibles.

El abominable hombre la tomó entre sus manos, pensó por un minuto o menos, luego abrió su boca para arrancar la cabeza del reptil, y luego triturar todo su cuerpo, con sus amorfos dientes; masticó y masticó, degusto y degustó; luego se chupó los dedos teñidos de sangre y exclamó:

-¡Que se cumpla lo deseado, mi mayor anhelo; que se vuelva un hecho mis pensamientos!

De pronto, aparecieron todas las criaturas predadoras del bosque: Osos, lobos, zorros y otros que eran tan absurdos en aquel ecosistema como leones, cocodrilos, anacondas y hasta animales marinos como los tiburones que se arrastraban ágilmente sobre tierra firme. Se lanzaron hacia él y empezaron su festin rápidamente, lo devoraron como si fuera el último rastro de carne sobre toda existencia, y hasta el león y el oso tuvieron su riña por una pierna. Una pequeña ardilla, muy asombrada y sin entender nada de lo que sucedía, se bajó de un pino, se acercó a aquel adefesio y dijo:

-¡Hola!, inevitablemente no pude dejar de escuchar tu conversación con el sucio lagarto, lo he escuchado todo, palabra por palabra y quiero saber…¿cuál fue tu deseo? A lo que él respondió agonizando:

-Deseo ser el hombre más deseado y el más apetecible del mundo.-Y falleció esperando lo que sin querer se había cumplido.

Fin.

El advenimiento de un final inesperado.

Los años parecen cazar al hombre tentado por el vuelo de una trasparente cometa. El vuelo añorado hacia el mundo de colores parece ser más lejano e inalcanzable; cuando los sueños sucumben y la nostalgia te atrapa despierto, lejos del mundo que quisiste, aquel donde volabas mil pies sobre los hombres y las personas no te alcanzaban, ni con una escalera llamada inmensidad. Tengo treinta años, empiezo a ver, a contemplar cómo el ocaso progresa muy lentamente y las alas de libélula en mis espaldas comienzan a caer a esperas de la promesa de emprender el vuelo que nunca llegó. La vida es más corta de lo que imaginaba; a mi tercera década de existencia, siento en mí un anciano marchito que no cumplió sus promesas de recorrer el largo camino y descubrir lo inexplorado.

Sentado en mi escritorio, en una noche callada y calurosa, con una diminuta lámpara que alumbra; leo a Neruda en un libro de sus mejores poemas. Un ángel de alas negras y mirada triste desciende de arriba, traspasa el techo como la brisa traspasa una vieja y corroída cerca de angeo. Pone su mano sobre mi hombro y sus plumas negras como el carbón se desprenden y una mirada lúgubre y triste emana de sus ojos. Volteo a observarlo sin sorpresa: la lluviosa noche en un individuo que nunca vi, ni esperé, pero que ha venido a anunciarme algo, o ha venido a despedirse. Me observa sin pronunciar ni un fonema, toma asiento en una de las sillas de los alrededores. ¡Su rostro...! su rostro no cambia de expresión, es llano, perpetuo, pero sus ojos me dicen que estoy perdido en una selva tan inmensa como el planeta; que eché a perder el vuelo y que la calma y el silencio lo han llamado. La quietud de un hombre que no aprovechó el trigo en época de colecta. Su rostro es hermoso y natural, empieza a marchitarse como una rosa que ha sido cortada para embellecer el ego de alguien deseado.

Envejece, ¿no es acaso un ángel? Su piel envejece y palidece. Su galante cuerpo comienza a encorvarse y su oscuro cabello cae, al igual que las hojas de un otoño que no será invierno. Sus plumas siguen cayendo, su túnica gris se torna sucia y andrajosa como las ruinas del coliseo romano. El silencio alimenta el progreso de un sueño de claveles cortados, el ángel

trunca su ser como un espejo refleja la miseria del hombre y el tiempo aliado con el miedo es la langosta de todo trigal. El perro ahulla y no es consolado por nadie.

Le pregunto qué se siente ser escolta de un individuo que le ha escupido la cara al dios de los cielos, qué recibe al ser tomado como una entidad de porcelana que adorna la sala, igual que aquellos elefantes sobre la mesa de mi tía adornados con blletes para atraer la prosperidad económica, aquellas estatuas inocuas que no balancearon una sola pata, no avanzaron un solo paso, ni dejaron huellas. Él dice que la libre elección es la mierda de la eternidad, y que su jefe ve en la humanidad un circo de animales no amaestrados y que su máximo pecado es observarnos, tal como miramos en el cine una película ya filmada y editada sin poder modificarla.

Sonríe, sus huesos están forrados por una delgada capa de piel y sus ojos saltones por la sequía de mis actos o ausencia de ellos, lo hacen manifiesto de que la eternidad es solo una ilusión, al igual que el tiempo y la perfección de todo ser. Recuerdo cuando quise ser un músico clásico y observaba con amor mi instrumento. Con mis manos, a pasos lentos y a progresos letales ungía la melancolía con el arduo alimento de ser recibido por la esperanza de las puertas abiertas de un paraíso personal; mi sed de prostitutas y mi alma encarnada en la fornicación y el deseo descontrolado, hicieron de mí la obsesión de interpretar otro instrumento: “mi genitalidad”.

-¿Tu nombre? –Le pregunto, a lo que él contesta:

-Igual que el tuyo. Sabes que soy tu reflejo. ¿Esperabas acaso a Gabriel? No eres virgen, ni profeta. Vine a ti por cuenta mía, no a anunciarte algo, solo vine y punto, el objetivo interprétalo tú a tu libre deseo. –Sonríe sarcásticamente, con cara de melancolía: -Volveré cuando dejes de existir, y tu carne sea solo tierra o cenizas.